



## **IV DOMINGO DE PASCUA, DOMINGO DEL BUEN PASTOR** **HOMILÍA DEL OBISPO DE VITORIA**

Penúltimo domingo celebrando la Eucaristía sin la comunidad al lado, como todos los pastores de nuestra Diócesis, y ofreciéndola por todos los fallecidos en estos días. Como la comunidad cristiana, estrenando el mes de mayo dedicado a la Virgen, madurando en la fe durante esta prueba y confesando a Jesús resucitado por el Padre para nuestra salvación.

Desde hace 57 años Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. Domingo del Buen Pastor. “Pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A éste le abre el guarda, y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz.” Cuatro acciones en el pastor: entra por la puerta, llama por su nombre a las ovejas, las saca fuera y camina delante de ellas. Dos acciones en las ovejas: escuchar su voz y seguirle. Todos somos oveja y pastor. Sólo somos buenos pastores cuando, cada uno según su vocación, es buena oveja. Nunca las ovejas son nuestras. Son del Señor. Desde la realidad común de nuestro bautismo, podremos vivir vivir nuestra vocación de Pastores en la familia, el sacerdocio o la vida consagrada. En el evangelio de San Juan Jesús se define como una realidad imprescindible para la persona: Yo soy el pan de vida, la luz del mundo, el camino, la verdad y la vida, la resurrección, la vida verdadera, el buen pastor y ¡la puerta de las ovejas!

“Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estrago; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante.” Sólo Él puede entrar en el misterio de la persona. ¿Quién es este Buen Pastor que es la Puerta? La primera lectura de Hechos de los Apóstoles nos da una pista. “El día de Pentecostés, Pedro, de pie con los Once, pidió atención y les dirigió la palabra: Todo Israel esté cierto de que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías.”

Impresionante el título de Señor. El día más santo del año para el pueblo judío, el día del Yom Kippur, el sumo sacerdote, llevando la sangre de las víctimas,

entraba en el Santa Sanctorum traspasando el velo del templo. Allí, solo, en presencia del Altísimo, pronunciaba el nombre de Dios. Era el nombre revelado por Dios a Moisés ante la zarza ardiente. Nadie lo podía pronunciar ni escribir. Se sustituía por el nombre de Adonai, que se traducirá por Kyrios en griego, por Dominus en latín y por Señor en castellano. Impresionante porque es el nombre del Dios que se revela en el Éxodo. Para Israel es un título inequívoco que sólo le pertenece a Dios. Llamar a Jesús Señor es proclamarlo Dios. Un judío está hablando del Ser divino. “Para nosotros no hay mas que un Dios, el Padre, de quien procede todo y para el cual somos nosotros, y un sólo Señor, Jesucristo, por quien existe todo y nosotros por medio de él.” 1 Cor. 8,6 “Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, te salvarás.” Romanos 10, 9 “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús.” 2 Cor. 4,5. “Para esto murió y resucitó Cristo, para ser Señor de vivos y muertos.” Rom. 14,9 “Toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para la gloria de Dios Padre.” Fp. 2,11

La proclamación “¡Jesús es el Señor!” ocupó, después de Pascua, el lugar que en la predicación de Jesús había tenido el anuncio “¡Ha llegado a vosotros el Reino de Dios!” Antes de que existiesen los evangelios y antes de que existiese el proyecto de escribirlos, existía ya esta noticia: “Jesús ha resucitado. Él es el Mesías. ¡Él es el Señor!” Éste es el kerigma de la Iglesia, su primer anuncio. En el evangelio de San Juan Tomás confesará: “¡Señor mío y Dios mío!” y Juan: “¡Es el Señor!” San Juan, para expresar esta misma certeza, usa el nombre divino “Ego eimi. Yo soy”. “Cuando levantéis al Hijo del Hombre, sabréis que Yo Soy y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado.” Jn 8,28-29 “Si no creéis que Yo Soy, moriréis por vuestros pecados.” Jn 8,24 “Antes que Moisés existiera Yo Soy” Jn 8,58. Cuando los soldados se acercaron a Jesús para prenderlo, les dijo: “¿A quién buscáis? Le contestaron: A Jesús el Nazareno. Les dijo Jesús: Yo Soy. Al decirles Yo Soy, retrocedieron y cayeron a tierra.” Jn 18,4 Es el temor referencial de un judío. “Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el nombre sobre todo nombre de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre.” Fp. 2,9-11 Los demonios reconocen a Jesús como Hijo De Dios o como el Santo de Dios (Cf. Mt.4,3; Mc 3,11;5,7; Lc.4,41), pero nunca como Señor. Eso implicaría una decisión personal de someterse a su señorío como centro de su existencia.

Lo importante de que Jesús sea el Señor no es si reina o no en el mundo, sino si reina o no dentro de mí; no si su señorío está reconocido por los Estados y por los gobiernos, sino si es reconocido y vivido por mí. ¿Cristo es Señor de mi vida? ¿Quién reina dentro de mí, quién fija los objetivos y establece las prioridades: Cristo o algún otro? Según san Pablo, existen dos modos posibles de vivir: o para uno mismo o para el Señor (Rm 14, 7-9). Vivir «para uno mismo» significa vivir como quien tiene en sí mismo el propio principio y el propio fin; indica una existencia cerrada en sí misma, orientada sólo a la propia satisfacción y a la propia gloria, sin perspectiva alguna de eternidad. Vivir «para el Señor», al contrario,

significa vivir por Él, esto es, en vista de Él, por y para su gloria, por y para su reino.

El Buen Pastor no es una imagen bucólica. Es el Señor. Por eso puede llamar, enviar, consolar y fortalecer. Todos somos enviados; no hay nadie sin vocación; cada uno somos mirados, enviados y cuidados por el Señor. Él tiene entrada en nuestra vida. En esta Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, pedimos vocaciones para la Diócesis de Vitoria. Vocaciones a la familia, al sacerdocio y a la vida consagrada. El lema de este año: “Jesús vive y te quiere vivo.” El Papa Francisco ha escrito un mensaje precioso para esta Jornada Vocacional. En el contexto de la tormenta en el lago (tan gráfica en esta pandemia. Mt.14,22-33), cuatro palabras: gratitud, ánimo, fatiga y alabanza. Desde todas las vocaciones acogemos las palabras del Papa:

1.- “Así pues, la primera palabra de la vocación es *gratitud*. Ellos, que están llamados a seguir al Maestro de Nazaret, deben decidirse a pasar a la otra orilla, apostando valientemente por abandonar sus propias seguridades e ir tras las huellas del Señor. Es el Señor quien nos concede en primer lugar la valentía para subirnos a la barca y nos indica la orilla hacia la que debemos dirigirnos. Es Él quien, cuando nos llama, se convierte también en nuestro timonel para acompañarnos, mostrarnos la dirección, impedir que nos quedemos varados en los escollos de la indecisión y hacernos capaces de caminar incluso sobre las aguas agitadas. Toda vocación nace de la mirada amorosa con la que el Señor vino a nuestro encuentro, quizá justo cuando nuestra barca estaba siendo sacudida en medio de la tempestad. «La vocación, más que una elección nuestra, es respuesta a un llamado gratuito del Señor» (*Carta a los sacerdotes*, 4 agosto 2019); por eso, llegaremos a descubrirla y a abrazarla cuando nuestro corazón se abra a la gratitud y sepa acoger el paso de Dios en nuestra vida.” Día para agradecer la propia vocación. Una noche preparaba el padre Cantalamessa una lección sobre Filipenses 3, 8-11: “Todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en él. Todo para conocerle a él, y la fuerza de su resurrección, y la comunión con sus padecimientos.” Al llegar a este pronombre Él, le pareció que contenía infinitas más cosas que todos los libros que había leído o escrito. Él es el Amigo, el Señor, el Hijo De Dios, el Hermano. El padre Cantalamessa, que sabía todo sobre la persona de Jesús, creyó que hasta ese momento había tenido un conocimiento impersonal de la persona de Jesús. Domingo del Buen Pastor para vivir la vocación como conocimiento personal de Jesús y los hermanos.

2.- “Cuando los discípulos vieron que Jesús se acercaba caminando sobre las aguas, pensaron que se trataba de un fantasma y tuvieron miedo. Pero enseguida Jesús los tranquilizó con una palabra que siempre debe acompañar nuestra vida y nuestro camino vocacional: «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!» (v. 27). Esta es precisamente la segunda palabra que deseo daros: *ánimo*. Lo que a menudo nos impide caminar, crecer, escoger el camino que el Señor nos señala son los fantasmas que se agitan en nuestro corazón. Cuando estamos llamados a dejar nuestra orilla segura y abrazar un estado de vida —como el matrimonio, el orden

sacerdotal, la vida consagrada—, la primera reacción la representa frecuentemente el “fantasma de la incredulidad”: No es posible que esta vocación sea para mí; ¿será realmente el camino acertado? ¿El Señor me pide esto justo a mí?”

3.- La fatiga es parte de cualquier vocación: “Toda vocación implica un compromiso. El Señor nos llama porque quiere que seamos como Pedro, capaces de “caminar sobre las aguas”, es decir, que tomemos las riendas de nuestra vida para ponerla al servicio del Evangelio, en los modos concretos y cotidianos que Él nos muestra, y especialmente en las distintas formas de vocación laical, presbiteral y de vida consagrada. Pero nosotros somos como el Apóstol: tenemos deseo y empuje, aunque, al mismo tiempo, estamos marcados por debilidades y temores. Si dejamos que nos abrume la idea de la responsabilidad que nos espera —en la vida matrimonial o en el ministerio sacerdotal— o las adversidades que se presentarán, entonces apartaremos la mirada de Jesús rápidamente y, como Pedro, correremos el riesgo de hundirnos. Al contrario, a pesar de nuestras fragilidades y carencias, la fe nos permite caminar al encuentro del Señor resucitado y también vencer las tempestades. En efecto, Él nos tiende la mano cuando el cansancio o el miedo amenazan con hundirnos, y nos da el impulso necesario para vivir nuestra vocación con alegría y entusiasmo. En la vocación específica que estamos llamados a vivir, estos vientos pueden agotarnos. Pienso en los que asumen tareas importantes en la sociedad civil, en los esposos que —no sin razón— me gusta llamar “los valientes”, y especialmente en quienes abrazan la vida consagrada y el sacerdocio. Conozco vuestras fatigas, las soledades que a veces abruman vuestro corazón, el riesgo de la rutina que poco a poco apaga el fuego ardiente de la llamada, el peso de la incertidumbre y de la precariedad de nuestro tiempo, el miedo al futuro. Ánimo, ¡no tengáis miedo! Jesús está a nuestro lado y, si lo reconocemos como el único Señor de nuestra vida, Él nos tiende la mano y nos sujeta para salvarnos.”

4.- Por fin, llegó una gran calma. Pedimos el don de la paz para cada una de las vocaciones. “Y entonces, aun en medio del oleaje, nuestra vida se abre a la *alabanza*. Esta es la última palabra de la vocación, y quiere ser también una invitación a cultivar la actitud interior de la Bienaventurada Virgen María. Ella, agradecida por la mirada que Dios le dirigió, abandonó con fe sus miedos y su turbación, abrazó con valentía la llamada e hizo de su vida un eterno canto de alabanza al Señor.” En este domingo primero de Mayo, el mes de la Virgen, se suele celebrar el Día de la Madre. Pedimos por nuestras madres, por todas las madres del mundo. Rezamos el Rosario por ellas como nos ha sugerido el Papa.

*Vitoria-Gasteiz 3 de mayo de 2020, domingo del Buen Pastor*